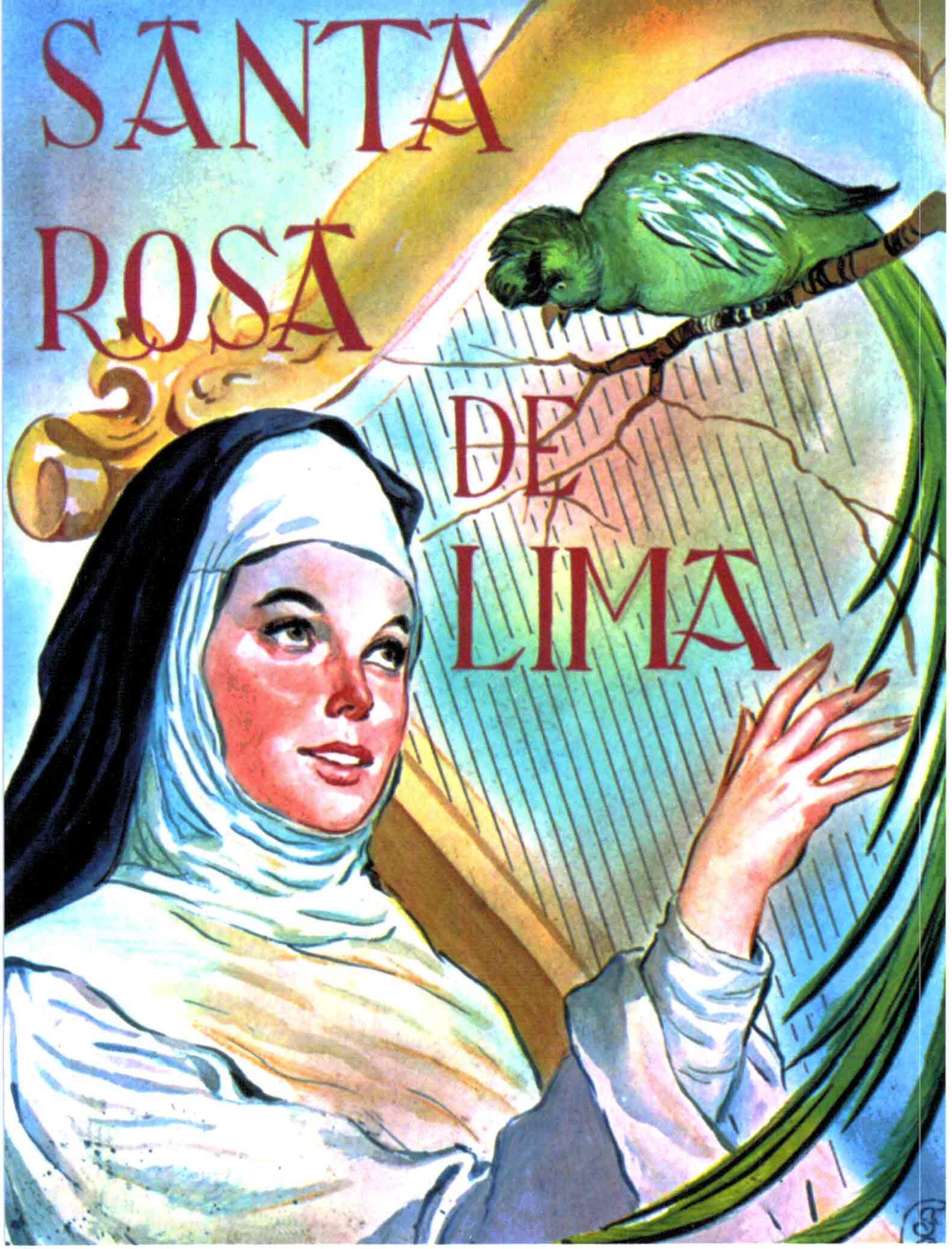

SANTA
ROSA
DE
LIMA

SANTA ROSA DE LIMA

POR

Isabel Flores de Lemus

Cruz "Pro Ecclesia et Pontifice"

Ilustraciones por Félix Puente

**

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/ RECAREDO, 14 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

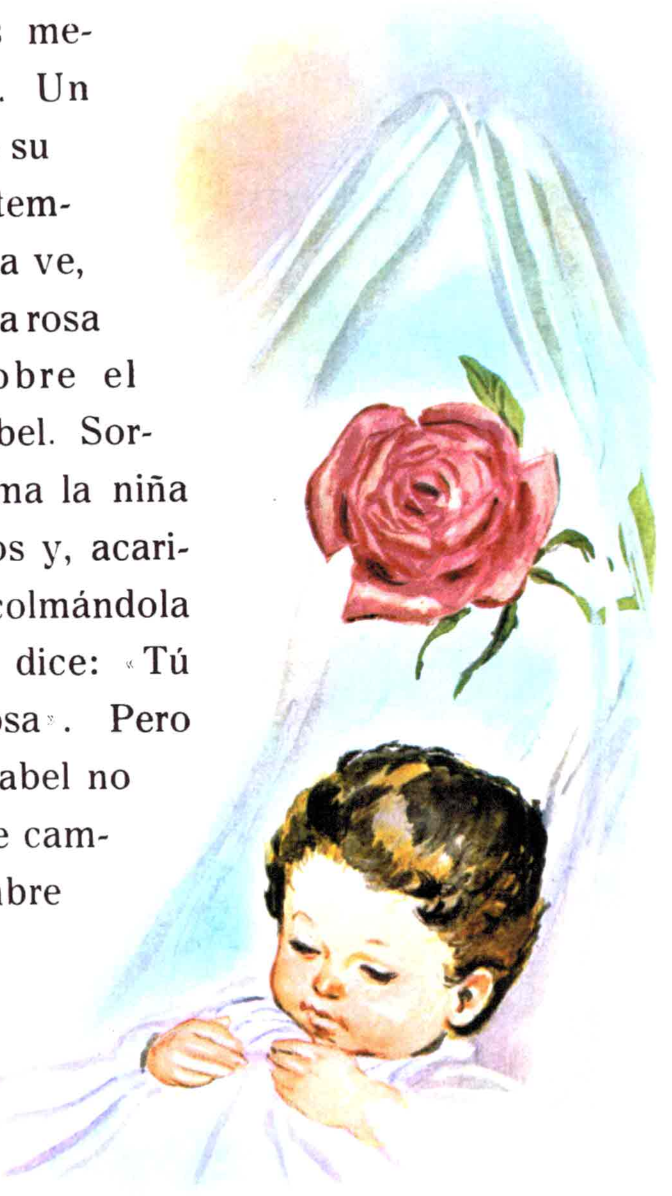
Con licencia eclesiástica. ISBN: 978-84-7770-394-5. Depósito legal: SE 3.587-2012.

Nihil Obstat
El Censor,
Dr. Cipriano Montserrat, Canónigo
Prelado Doméstico de S. S.
Barcelona, 1 de agosto de 1960

Por mandato de su Excia. Rvdma.
Dr. Alejandro Pech, pbro.
Canciller-Secretario

En medio de la más rica sociedad, la más rica del mundo por entonces, en Lima, la capital del fabuloso Perú, nace, el día 20 de abril de 1586, Isabel Flores de la Oliva, hija de Gaspar y de María, peruanos, hijos de españoles.

Tiene tres meses la niña. Un día, mientras su madre la contempla en la cuna ve, admirada, una rosa magnífica sobre el rostro de Isabel. Sorprendida, toma la niña en los brazos y, acariciándola y colmándola de besos, le dice: «Tú serás mi Rosa». Pero su abuela Isabel no quiere que le cambien el nombre a su nieta.



Pasan los años. Isabel va a recibir el Sacramento de la Confirmación de manos del gran santo español, Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima. Le han dicho al Prelado que la niña se llama Isabel. Pero, milagrosamente, al llamarla, el arzobispo, dice: «Rosa, yo te confirmo».

Rosa ama a Jesús con todo su corazón y con todo el fervor de su alma. Y se lo quiere demostrar por todos los medios. Un día, a los tres años, se pilla los dedos con la tapa de un baul. Nada dice y, sólo tres días después su madre lo advierte. El cirujano le hace una dolorosísima operación sin que la niña exhale queja alguna.

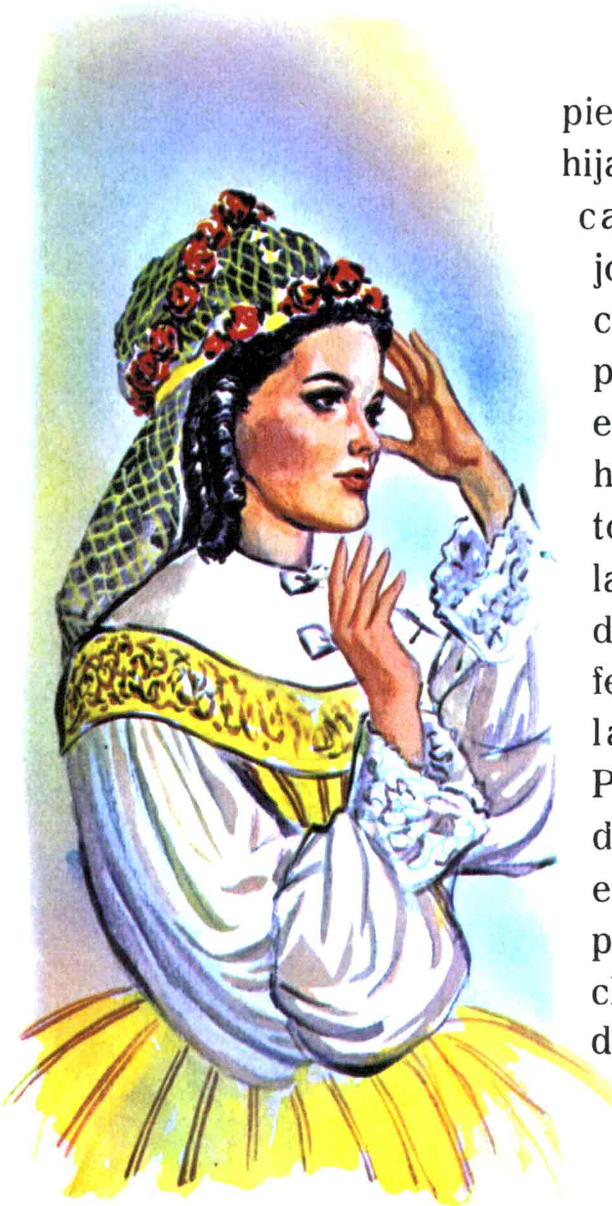
Tiene cinco años cuando se ofrece por entero a Jesús. Ayuna a pan y agua los viernes y los sábados. Es silenciosa y recogida. Quiere que le pongan sobre la espalda una carga de ladrillos, para comprender mejor, dice, lo que sufrió Jesús, bajo el peso de la Cruz.

Rosa es una jovencita preciosa. Estatura regular, manos finas, rostro ovalado, grandes ojos negros, boca chica, mejillas sonrosadas. En la ciudad comentan: «Es la reina de la juventud de Lima».

Y Rosa tiene miedo de perder su humildad y cree que la llaman Rosa porque es bonita. Va a contarle sus temores a la Virgen. La Madre de Dios le dice: «Gusta a mi divino Hijo que te llamen Rosa, pero desea que a tan gracioso nombre añadas el mío; por tanto, de hoy en adelante habrás de llamarte: ROSA DE SANTA MARÍA».

Unos reveses de fortuna privan a los padres de Rosa del bienestar.

Rosa borda incansable, vende flores del jardín y ayuda a su madre para sacar adelante a los once hermanos.



La madre de Rosa piensa que, como su hija es tan linda, se casará con algún joven rico y la sacará de apuros. Y la presenta en fiestas y en tertulias. Y Rosa ha de obedecer y tocar la vihuela delante de los invitados, o asistir a los festines y ponerse las mejores galas. Pero en la guirnalda de rosas que lleva en la cabeza ha puesto la joven unos clavillos; en el agua de olor que perfuma las manos, cal, que se las abrasa.

Una mañana, Rosa se presenta ante su madre con la cabellera cortada. «Pero ¿qué es eso? hija desobediente» grita ésta mientras le pega airada. Precisamente ahora que tienes un pretendiente tan bueno... «Madre, perdoname —responde Rosa—; pero no puedo obedecerte en esto. Pertenezco a otro esposo más noble que el que tú quieres darme .

El 10 de agosto de 1606, Rosa viste el hábito de Terciaria dominica. Desde este día, Rosa ordena que le construyan en el jardín una ermita o celdilla y allí se lleva cama, una silla y algunas imágenes piadosas. Como alguien se extrañe de la estrechez de la choza, ella dice: «Bien cabemos en ella Jesús y yo».

Tiene tal afán de obedecer que todo lo consulta con su madre, hasta el punto que ésta se lo reprocha. Entonces Rosa dice: «Entiendo que es más acertado unir al cumplimiento de mi obligación el mérito de la obediencia».

Como no le permiten ir sola a la iglesia y su madre no siempre la puede acompañar, hay quien al saberla privada de esta dicha la compadece. Pero Rosa contesta: «que Dios la hace asistir diariamente a varias misas, ya en la iglesia del Espíritu Santo, ya en la de San Agustín».

Los mosquitos se agolpan en la celdita del jardín y pican a quien se acerque, pero a Rosa no la molestan nunca. Revolotean en torno a su cama y, al amanecer, Rosa les dice: «Ea, amigos, levantaos y alabad a Dios!».

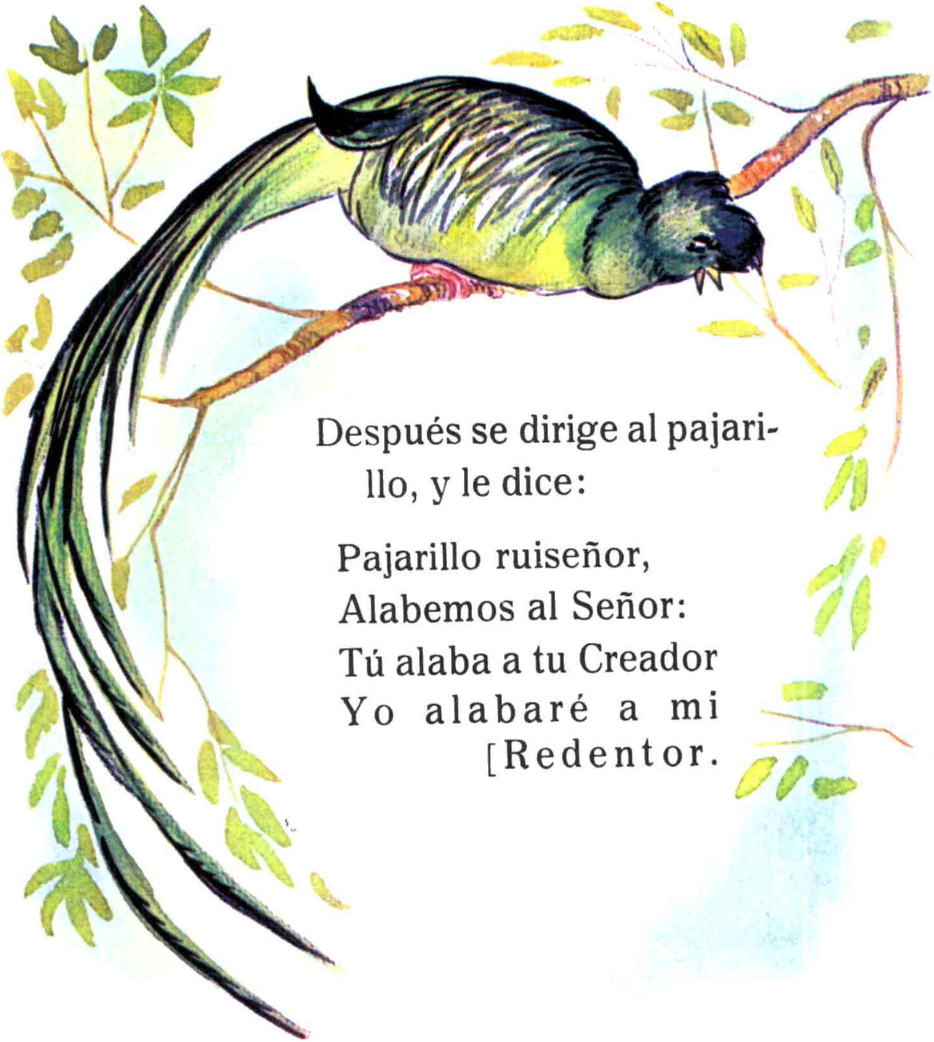
Los mosquitos, obedientes a la voz de Rosa comienzan a entonar, con blando roce de alas, unos, y con el fuerte sonido de sus zumbidos, otros, una música tan afinada y ordenada como quien sabe que cumple la voluntad de Dios.

Apenas amanece cuando Rosa abre las puertas del huerto. Al contemplar los árboles, las hierbas, las flores, se dirige a ellas y las invita a bendecir al Señor. Obedientes, las plantas mueven sus ramas, sus hojas y sus flores, mientras los árboles balancean sus copas, todos con cadencia, alabando a Dios.

Rosa toma el arpa y canta estos versos compuestos por ella:

¿Cómo te amaré,
[mi Dios
Siendo yo la cria-
[tura
y Tú mi Creador?

El último año que Rosa vive en la tierra, durante toda la Cuaresma, al ponerse el sol, aparece cerca de su aposento, posado en la rama de un árbol, un quetzal, el ruiseñor de América, que bate graciosamente las alas y espera la señal de Rosa para empezar su canto.



Después se dirige al pajarillo, y le dice:

Pajarillo ruiseñor,
Alabemos al Señor:
Tú alaba a tu Creador
Yo alabaré a mi
[Redentor.

Obedece el ruiseñor y rompe el aire con su trino, y el concierto se convierte en una alabanza bellísima. Cuando el avecilla levanta el vuelo, Rosa canta:

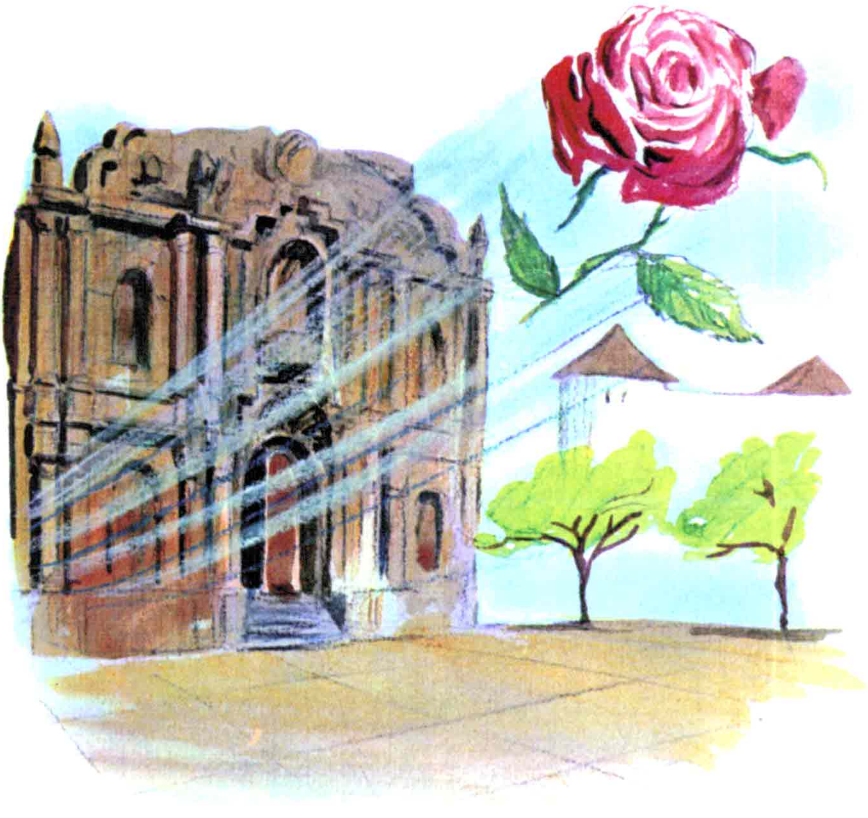
Aunque se va y me deja
Volando el pajarillo
Mi Dios conmigo queda
Por siempre sea bendito.

Rosa reza ante la Virgen del Rosario. Ve que la Reina celestial se vuelve al Hijo que tiene en el regazo, como invitándole a hablar. El niño tiende los bracitos a Rosa y le dice: «Rosa de mi corazón, yo te quiero por esposa». «Y yo, –responde Rosa–, soy tuya y lo seré eternamente».

Rosa va a morir. Sus últimas palabras son: «Me voy con grandísimo gozo a mirar eternamente aquel rostro hermosísimo que siempre busqué... He de partir para celebrar eternamente las fiestas del cielo. Jesús, Jesús sea conmigo». Es el 24 de agosto de 1617. Tenía Rosa 31 años.

Todo Lima acompaña el entierro de Rosa. Al entrar el cadáver en la iglesia de los Dominicos, la Virgen del Rosario, que más de una vez le hablara, resplandece de tal modo que la multitud es testigo del milagro.

La Santidad del Papa Clemente X, canonizó a Rosa de Lima el 12 de abril de 1672. Hispanoamérica la aclama como Patrona.



9 788477 703945